

Resonancias del terruño.Por Ramón M. Quesada.**Ultimos días de Cartago***Continuación*

XI

A mi regreso del cementerio comencé a observar la mitad occidental de la ciudad, que tan azotada había sido por la inundación del Reventado en 1891, y me llamó mucho la atención encontrar hacia ese lado mayor número de casas en pie, que por otras partes de la ciudad, como el hecho de que la mortalidad hubiese sido allí insignificante comparada con la que hubo por Los Angeles y parte sudeste, donde los muertos y contusos se contaban por centenares, por más que después de la dispersión de la ciudad no se haya podido hacer sino un recuento muy deficiente de las víctimas, debido a multitud de circunstancias de todos conocidas.

Se me dijo que por El Caracol, hacia el pie del cerro de La Lima, la destrucción de casas había sido poca, como en el caserío de San Blas, entre la Cruz de Caravaca y San Rafael, y es de suponer que en esos lugares el subsuelo sea más firme que en el resto de la llanura.

Varios fotógrafos y corresponsales de periódicos con actividad plausible recogían datos y sorprendían cuadros terroríficos para su información. El trabajo principal no era encontrar asuntos sensacionales sino seleccionar de entre los muchos que se presentaban a la vez, aquellos más interesantes.

En todas las calles y solares estaban amontonados los cofres, roperos, camas, sillas y cuantos objetos se había podido sacar de las ruinas; y en los fogones puestos al aire libre las cocineras preparaban las escasas comidas de que se podía dis-

poner. De la capital había llegado un refuerzo de policía de orden y seguridad que se encargó también de muchos trabajos de salvamento, pues la policía de Cartago, estaba casi en su totalidad cansada y ya no podía hacer más de lo que había hecho.

Hubo la buena idea de aprovechar el galerón central del Mercado para instalar la intendencia, que bajo la experta dirección de don Federico Mora, hombre sereno, enérgico y complaciente a la vez, prestó utilísimos servicios, que no podrán olvidar jamás los sobrevivientes de la desdichada ciudad, como tampoco podrán olvidar las manifestaciones de simpatía y de confraternidad de todos los visitantes, así nacionales como extranjeros, que no sólo distribuyeron entre los necesitados abrigos y comestibles, sino que ofrecieron sus casas, sus haciendas y sus recursos personales para alojar lejos del teatro de la monstruosa hecatombe a las familias desamparadas, entre las cuales había bastantes, que la víspera habían tenido holgura, comodidad, lujo y abundancia en sus casas, y sin embargo se veían compelidas a aceptar los donativos de la caridad. ¡Qué vida!

Muchas personas todavía no habían podido ser halladas por sus deudos y se suponía que estuviesen aterradas, pero no era fácil averiguar en qué departamento de sus respectivas habitaciones pudo haberles sorprendido aquel espantoso sacudimiento, que no dió tiempo de huir ni de abrazar a los seres más amados para darles

la postrera despedida. Hijos que buscaban á su madre, madres que buscaban á sus hijos, la viudez y la orfandad, el desamparo y la miseria, he ahí las escenas que á cada paso contristaban el alma hasta de los individuos menos impresionables.

La noticia de que todas las poblaciones del país, profundamente conmovidas por la terrible destrucción de la metrópoli colonial, rivalizaban por ofrecer su protección á los cartagineses, fué como un bálsamo restaurador para muchos seres atribulados, que no sabían á donde dirigirse para no presenciar más tanta desolación y tanto estrago.

Don Manuel de Jesús Jiménez, encargado del servicio de emigración, comenzó á disponer todo lo conducente para enviar familias á otras partes. En esa tarea le ayudaba don Zacarías García, que se ocupaba en dar los billetes de ferrocarril á las personas que los solicitaban. La estación y sus alrededores se encontraban llenos de equipajes y cada cual quería salir por el primer tren que estuviera listo; pero había que darle preferencia á los heridos, los cuales eran enviados al Hospital de San Juan de Dios y al Edificio Metálico de San José.

La empresa del Ferrocarril prestó importantes servicios en el acarreo de trabajadores y de comestibles y en el transporte de los damnificados á otros lugares más tranquilos del país. Como al caer la torre del Carmen sobre la línea, frente al Hotel Siglo XX, interrumpió el tránsito de los trenes, la Compañía puso una cuadrilla de peones que no cesó de trabajar durante toda la noche del 5, tendiendo una línea de rieles provisional, mientras se podía despedazar el gran bloque de calicanto que estaba atravesado en mitad de la vía, y que había hundido el suelo casi un metro. Todos los otros desperfectos de la línea fueron arreglados con prontitud.

El correo y el telégrafo, instalados en carros de carga frente á la bodega del Ferrocarril, estaban materialmente abrumados de trabajo: de todas partes llovían centenares de telegramas y de cartas, que, en su mayor parte, no llegaron á manos de los destinatarios, pues no era posible que en aquella Babel, hubiese mensajeros capaces de encontrar á las personas que se buscaban: todos habían cambiado de residencia y no se sabía bajo qué rancho ó tienda de campaña estaba cada cual.

Hacia el anochecer se encontró á algunas personas muertas de inacción, seguramente, pues no presentaban heridas ni contusiones de ningún género. Los entierros de estos desgraciados pasaban en silencio, apenas alumbrados por una mala linterna.

Ya por la tarde había llegado una gran cantidad de medicinas, que se repartían gratis á todos los que las solicitaban en el kiosko central. Al día siguiente, esto es el 6, la Botica Francesa había enviado un carro de medicamentos, vendas, hilas, biberones para niños, etc. al cuidado de empleados propios de la casa, entre los cuales tuve el gusto de ver á los estimables jóvenes Licenciado don Indalecio Sáenz Pacheco y don Tito Chaverri, que con el mayor orden, esmero y solicitud distribuían entre los necesitados las drogas que pedían.

Cuando oscureció, mucha gente del centro y de los alrededores había abandonado la ciudad y se había marchado para San José ó para diferentes lugares de la zona atlántica. Lo mismo hicieron casi todos los visitantes, porque no había donde pernoctar ni qué comer, pues los víveres que habían llegado, no bastaban para alimentar una gran población que sentía los crujidos del hambre.

La mayor necesidad indudablemente estaba en el Paraíso y en los barrios de Cartago, pues hasta allí no llegaron los

auxilios tan pronto como se habría deseado ni en cantidad suficiente. De algunos edificios públicos como el Matadero y el Hospital, y de algunas empresas particulares como la Planta Eléctrica, lo mismo que de varias propiedades, el público arrancaba sin ningún reparo las planchas de hierro acanalado para improvisarse una mala vivienda, que por lo general se colocaba en los patios ó solares ó en aquellos pedazos de calle que no habían quedado muy obstruidos por los escombros. Pero daba verdadera lástima ver centenares de gentes en la mayor miseria, sin un pedazo de *gangoche* siquiera, con qué resguardarse del frío, y sin hallar donde tomar ni una taza de café, después de tanta angustia y tanta privación.

Todos estábamos materialmente cansados, pero nadie sentía sueño: había por lo general una sobreexcitación nerviosa, que daba á los semblantes un aspecto de locura, con los ojos inyectados y los labios convulsos. Los rezos y las plegarias de gente arrodillada en media calle, á nadie llamaban la atención. Los gritos inconsolables de los que habían perdido algún pariente, se oían como quien oye llover: aquello ya no tenía remedio, y había que pensar en afrontar las consecuencias del desastre, que tenían por fuerza, que hacerse sentir de varios modos, no sólo en la provincia sacrificada, sino en todo el resto de la República, que no podía permanecer indiferente ante tanta desgracia y tanto dolor. ¡Qué ejemplo de confraternidad más noble y más hermoso dió en esta ocasión Costa Rica!

Cuando oscureció completamente, volvió á reinar aquel silencio aterrador de otros días, y todos nos refugiamos en nuestros vagones ó ranchos á comentar lo que habíamos visto y á comunicarnos, ya un poco más serenos, nuestras respectivas impresiones.

Al lado norte de nuestro carro estaba

el de la cuadrilla de negritos carpinteros del ferrocarril, que, desde que anocheció, no cesaron de cantar salmos en inglés, acompañándose de vez en cuando con un acordeón.

—¡Qué dicha, me decía una de mis niñas, que las iglesias hubieran estado cerradas!

—En verdad, le repliqué; pero si hubiese habido gente dentro de los templos se habría salvado toda la que se hubiera encontrado en la nave central, que no se hundió absolutamente en ninguna iglesia. Habrían perecido por el atropello los que hubieran intentado salir, y también los que hubieran llegado frente á las portadas, en donde cayeron bloques de cornisas y fragmentos de torres. Esa es una de las muchas enseñanzas prácticas que deja el terremoto, si hubiera suficiente serenidad en los momentos de peligro, para elegir el sitio más seguro dentro de los templos. Los presbiterios, cuya armadura de madera descansaba directamente sobre las paredes, como en San Nicolás y en la Capilla de los Salesianos, sí se hundieron por completo. Por ese motivo, en esta última, perecieron algunas personas.

—¿Qué casas quedan en pie, que no ofrezcan ningún peligro, pregunté á uno de mis hijos, fuera del kiosko y de las estaciones y bodegas del ferrocarril?

—Quedan, me dijo, las casas de madera de don Nazario Castro, don Felipe Martín, la refreshería de don Pío Acuña y la casa de don Juan R. Mata en la hacienda El Molino. Además las piezas de bahareque llamadas El Mesón, de don Valerio Coto, donde los chinos han estado cocinando toda la noche anterior; y algunas casas de ladrillo como las de don Ricardo Jiménez, de don Quinto Vaglio, de don Francisco Peña, del Doctor don Alejandro Pirie y de don Serafín Saravia. Hay también muchas casas de horcones, aunque bastante deterioradas é inclinadas, hasta

formar rombos en las puertas y ventanas, pero dentro de ellas no ha muerto ninguna persona, y se ha logrado sacar todos los muebles. El Bazar de los Hermanos Rivera, permanece en pie, pero dentro se dice que tiene grandes averías. Las casas de adobe, de ladrillo y de calicanto son las que han causado los mayores estragos.

—Todo el mundo se va de aquí, me dijo mi hija mayor, y nosotros debemos irnos cuanto antes para otra parte.

—Es verdad, pero no podremos salir

antes de salvar todo lo que se pueda de nuestras ropas, libros y muebles. Ya mañana habrá donde conseguir con más facilidad algunas provisiones. Esperemos un poco.

En estos y otros diálogos por el estilo pasamos la mayor parte de la noche, y sintiendo algunos temblores no tan fuertes como los de la noche anterior pero sí acompañados de lejanos retumbos, que nos crispaban los nervios.

(Continuad.)



Iglesia de Los Angeles de Cartago, antes del terremoto